



La dulzura

DANIEL MÚGICA

Solo el amor podía salvarnos...


ALMUZARA

XXXIII
Premio Jaén
de Novela

DANIEL MÚGICA

La dulzura

TERCETO DE LA INFAMIA I

El Premio Jaén de Novela es convocado y patrocinado por CajaGranada Fundación. En la presente edición el Jurado estuvo integrado por Alejandro López Andrada (en calidad de presidente), Fernando Sánchez Dragó, Nerea Riesco Suárez y Javier Ortega Posadillo.

© DANIEL MÚGICA, 2017

© Editorial Almuzara, s.l., 2017

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NARRATIVA

Director editorial: Antonio E. Cuesta López

Edición: Javier Ortega

Conversión a ebook: Óscar Córdoba

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-16392-85-8

NE ME QUITTE PAS
NO ME ABANDONES

Ne me quitte pas No me abandones
Il faut oublier hay que olvidar
Tout peut s'oublier Todo se puede olvidar
Qui s'enfuit déjà, lo que ya pasó
Oublier le temps Olvidar el tiempo
Des malentendus de los malentendidos
Et le temps perdu y el tiempo perdido
A savoir comment a saber cómo
Oublier ces heures Olvidar estas horas
Qui tuaient parfois que mataban a veces
A coups de pourquoi a golpes de porqué
Le cœur du bonheur el corazón de la felicidad
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones

Moi je t'offrirai Yo te ofreceré
Des perles de pluie perlas de lluvia
Venues de pays llegadas del país
Où il ne pleut pas donde no llueve
Je creuserai la terre Yo cavaré la tierra
Jusqu'après ma mort hasta después de mi muerte
Pour couvrir ton corps para cubrir tu cuerpo
D'or et de lumière de oro y de luz
Je ferai un domaine Haré un señorío

Où l'amour sera roi donde el amor será rey
Où l'amour sera loi donde el amor será ley
Où tu seras reine donde tú serás reina
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones

Ne me quitte pas No me abandones
Je t'inventerai Yo te inventaré
Des mots insensés unas palabras absurdas
Que tu comprendras que tú comprenderás
Je te parlerai Yo te hablaré
De ces amants là de esos amantes
Qui ont vu deux fois que vieron (por) dos veces
Leurs cœurs s'embraser sus corazones abrasarse
Je te raconterai Yo te relataré
L'histoire de ce roi la historia de este rey
Mort de n'avoir pas muerto por no haber
Pu te rencontrer podido encontrarte
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones
Ne me quitte pas No me abandones

JACQUES BREL

UN RESPLANDOR BLANCO

Madrid fue nuestra tumba.

Tropecé con un mueble, casi caí de bruces. En el último momento, me estabilicé. Gravitaba en la sombra ética de ayer.

¿Dónde te habían metido, Gadea?

Tu hermana Estela se había negado a desvelarlo, pedía paciencia. A tu hermana mayor, a Malena, ni se lo había preguntado. Me respondería lo mismo. La joven Raquel, tu nueva amiga, se había cerrado en banda.

Estaba preocupado, era la primera vez que no te localizaba.

Había llamado varias veces a tu padre, Eneko Zuloaga, culpándome de lo ocurrido. Se resistía a responder, mentando de pasada el error de nuestro noviazgo.

No le había creído ni lo aceptaba. Significaría negarte, y morir.

Te quiero tanto.

Enfilé la cocina, abrí la nevera. En la primera y la segunda balda había cervezas; en la tercera, un tetrabrik de leche. La nevera: un vientre vacío, el saludo de un puñetazo. Tenía sed, vertí la leche en un vaso, bebí un poco. Estaba agriada, sentí un retortijón, sufrí una arcada. Mi existencia era idéntica. Vagaba por las cloacas, torciendo y volviendo a torcer las esquinas de un laberinto. La ciudad de arriba era una manada de hienas que, apostadas al fondo de los callejones, allá donde la vida es oscuridad y olvido, esperaban cazarme y repartirse mi carroña. No sabía cuándo me había perdido el respeto. Debió de ocurrir poco después

de la marcha de Gadea, entre la primera y la penúltima copa que lloraban su ausencia.

No podía localizarla, no tenía móvil, se negaba a comprar uno. De tanto empeñarse en ser diferente, lo había conseguido.

Metí el albornoz en la lavadora, bebí agua, me sobrepuse. Limpié la cocina. Entonces zumbó el timbre de la puerta. La abrí. Un mensajero me tendió un sobre. Lo cogí sin mirarlo.

Pesqué una cerveza para equilibrar el alcohol de la sangre. Me acomodé en el sofá del salón, arrojando el sobre a la mesa de centro y retirando el jersey de una amante caritativa o borracha. Exigían afecto con una historia de fracaso y el rímel corrido. Hallaban un pozo sin fondo. En todas, las del amanecer alcohólico o el atardecer disfrazado de rutina, buscaba a Gadea, su alma, su risa. Venía a dormir a casa, regresaba a la de su madre, volvía a temporadas, colgando y descolgando de los pomos espantasueños que alejaban a la Bestia, su obsesión y su sentencia.

Afuera, el anuncio de la primavera infectaba las calles de una amabilidad impostada como el sombrero de un hampón. El mundo era ruido, retales de añoranza. Después del tercer buche, armado de paciencia, como cada mañana, pensé en cómo ocuparía el día. Rastrillé el fondo de mi corazón. Encontré una lágrima con forma de cuchilla. Las paredes se rajarían al mínimo corte. Intentaba aferrarme a mi último vestigio de sensatez para no defraudar a Gadea. Como no tenía otra cosa que hacer, además de martirizarme y seguir bebiendo, pinché *Kind of Blue* de Miles Davis y escuché jazz, una de las aficiones compartidas con ella. Reparé en el sobre del mensajero, lo estudié y reconocí al instante su letra. Pegué un respingo, prendí nervioso un pitillo e inhalé una calada generosa. Acabé la cerveza de un trago. Rasgué el sobre, expectante.

Mi amado Judá:

Han pasado más de tres meses desde la última vez que me visitaste. Estoy en otro centro. Es un sitio increíble, con gente normal. Solo sigo con 1,5 mg de Haloperidol y acudo a terapia una vez a la semana. El psiquiatra siempre tiene la puerta abierta para mí. Me cuenta que dentro de poco estaré preparada para reincorporarme a la sociedad si trabajo duro. Lo estoy intentando, por ti y por mí, por los dos. Estoy harta de los hospitales, pero aquí me tratan bien. No hay puertas enrejadas, correas, ni cuartos acolchados, nada que se parezca a una prisión. Somos sesenta internos, tres psiquiatras, una terapeuta ocupacional, una enfermera y un vigilante que nos protege de los posibles ladrones. El personal de limpieza es muy cuidadoso, no nos mira como si fuésemos locos. Arreglan las habitaciones y nos pasan alguna bebida de contrabando. De vez en cuando me tomo una cerveza. ¿Has dejado de beber? Cuando volvamos a estar juntos no te lo permitiré. Tienes que ponerte a escribir novelas. Yo vigilaré para que no te hundas, como tú hacías conmigo. El cocinero me tira los tejos. No te preocupes, ya le he dicho que tengo novio y que me está esperando. Ayer tocó terapia de regresión, fue fantástico recordar cómo nos conocimos. Estaba encantada contigo, con tus ganas de ser artista. Se lo dije al director, que es mi psiquiatra. Le pedí permiso. Me lo dio para escribirte. Coincide en que sería maravilloso verte. Te he dibujado un plano detrás. Te espero mañana. Deseo abrazarte.

Millones de besos.
Gadea

Su letra, como de costumbre, resultaba infantil, gruesa. Loca o no, antes y ahora, demandaba amor, paciencia, protección. Le di la vuelta a la hoja. Había dibujado un croquis en verdes, plasmando su estado de ánimo, la esperanza de

retornar a una realidad que no se fragmentaría. De Madrid surgía una línea a Ajalvir, una localidad de apenas mil habitantes. Cerca, siguiendo un camino comarcal, estaba el sanatorio. Era la primera carta, de las muchas que me había enviado, escrita en un tono juicioso. No mencionaba a su madre, fallecida de cáncer horas antes de su segunda reclusión. Gadea, en cambio, pensaba que aún continuaba viva.

Tampoco era una carta larguísima, de las decenas que remitía a sus dos hermanas, Estela y Malena; a su antiguo novio y confidente, Martín; a Raquel, su mejor amiga; a su madre, creyendo que continuaba viva; y a mí mismo. Estaban escritas con una prosa afilada, personal. Yo le había impartido clases de técnica literaria, ella intentó enseñarme a pintar. A los tres días desistió, un pincel en mi mano era igual que una guadaña: todo lo destrozaba o emborronaba.

Gadea desayunaba, tomaba medicinas, se dirigía al taller de pintura. Sus cuadros eran ciclotímicos, a veces estaban llenos de colores brillantes; otras, de grises premonitorios. Siempre, en el lienzo, aparecía la Bestia, *alter ego* de sus temores. Con pies fatigados, enfilaba la consulta del psiquiatra y mascullaba sueños rotos. Comía, ingería píldoras, seesteaba aburrida en su habitación, miraba el televisor sin ver ni oír balanceándose con la mirada extraviada, cenaba. Otra vez la medicación. Se acostaba. Dormía en posición fetal, protegiéndose de cualquier golpe porque allí dentro también se sentía maltratada, en la penumbra de su corazón.

Estela, la hermana que la cuidaba, y su hija Alba, una adolescente, la visitaban en el último psiquiátrico cada domingo. Malena, la hermana mayor, acudía de tarde en tarde. O eso me habían contado.

Gadea sostenía que los ángeles y los demonios existían. Hablaban una lengua primitiva como el llanto del otoño. Los ángeles, los demonios, la Bestia, su madre muerta y quizás yo: los cinco pilares de su locura.

Nos seguíamos necesitando, amando en la distancia como chiquillos. Teníamos treinta y siete años. Habíamos estado juntos desde los treinta hasta los treinta y cinco, hasta que la locura nos separó. Qué frágil es el destino, qué estúpido.

Aquejada de esquizofrenia, llevaba dos años manicomializada, entre rejas, en diferentes sanatorios, como un pez enfermo, a contra corriente, a contra vida.

Me dormí tarde, pegándole a la botella y releendo la carta de Gadea.

Desperté sumergido en mi rutina suicida, con el sol despuntando y una resaca de piojo. Tomé una aspirina y un primerán y me di una ducha. Me puse el albornoz con quemaduras de cigarrillos. Fui al salón y atravesé los restos del naufragio: ropa interior de mujer, botellas vacías, cuadernillos de notas. Quería ser escritor, pero sólo había logrado esbozar los primeros capítulos de una novela. Vivía de las rentas que me legaron mis mayores, dilapidando la fortuna que mi padre levantó trabajando de bróker. Murieron en un accidente de tráfico. Esas cosas pasan, me decía para no pensar en lo absurdo del accidente.

Escribía un reportaje semanal en *La Gaceta*, un periódico de tirada nacional cuyo director, Balboa, pedía cambios ridículos. Por lo demás, mi vida estaba vacía. Carecía de una ocupación sólida, sueños, la ambición de habitar la sinceridad que abate el lomo más fuerte.

Madrid fue nuestra tumba.

Me puse a escribir mi regalo para Gadea, uno de tantos que ella guardaba como quien almacena lágrimas de lluvia.

Comprobé por costumbre que la llave seguía bajo el felpudo de la entrada. La dejaba allí para no perderla en una de mis borracheras y poder entrar a casa. Gadea me había

dicho que, achispada, se lo había contado a sus hermanas Estela y Malena; sospechaba que también lo había comentado con su amiga Raquel. Mi pequeña bocazas, uno de sus pocos defectos.

Bajé a la calle, arranqué y conduje, salí de Madrid.

El cielo parecía en calma, pero en el aire percibía algo maligno. Miré de refilón el croquis de Gadea, bajé la ventanilla del coche, un viejo Peugeot. Contemplé el cielo. Creí ver cómo las nubes componían la cara de un diablo. Cerré los ojos un segundo. Procuré tranquilizarme. Obtuve la visión de una Bestia abierta en canal, en cuyo vientre decenas de hombres, mujeres y niños, chillaban y se retorcían procurando escapar. Los abrí. Un latigazo de viento zarandó el coche. Luego silbó como una serpiente y se desvaneció en la autopista. La gran ciudad aparecía en el espejo retrovisor. La polución cubría Madrid, mudaba de textura, una zarpa que, poco a poco, comenzaba a estrangular los edificios. Son los nervios, me dije. Encendí un pitillo, inhalé, me relajé.

¿O acaso era la Bestia que rondaba a Gadea, y que se la llevaría sin que sus ángeles pudieran impedirlo?

La interrogación me retrotrajo al debut de Gadea, término médico que señalaba el primer brote de la enfermedad mental de un paciente:

Cinco años de relación. Noche. Luna creciente. Otoño. Me desvelo, palpo el edredón, Gadea no está. ¿Habrá ido a la cocina a por agua o un refresco? Me embuto en un pijama, enciendo las luces, me dirijo allí. Nada. Recorro las habitaciones de mi piso preocupado y no la encuentro.

¿Se habrá levantado y, quizás inquieta por la depresión crónica de su madre, habrá regresado a su casa?

Lo dudo, vuelvo al dormitorio, me siento en la cama, avivo un cigarrillo, inspiro y expiro humo, hilvano conjeturas.

Una mano me toca el tobillo, respingo, me agacho. Gadea está debajo de la cama, arrebuja como un bebé, el pulgar en la boca, los ojos espeluznados, clavados al fondo del dormitorio. Viste el camisón y, raro, su abrigo de lana de colorines. Siempre tiene frío, pero ahora está congelada pese a la calefacción. Tirita. Algo la aterra. Nunca la he visto así. Me asusto. Me meto debajo de la cama y la abrazo.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Acabo de ver a la Bestia —musita.

—¿Quién es?

—El jefe de los demonios.

Me suele hablar de ángeles y diablos. Es la primera vez que menciona a la Bestia.

—¿Dónde, Gadea?

—Enfrente.

—La echaré.

Salgo, me incorporo mientras mi amada me observa, doy cuatro pasos, me lío a puñetazos y patadas con el aire, le hago una llave en el cuello a la Bestia imaginaria. Afectando denuedo, la arrastro hasta la ventana, la abro, la arrojo a la calle. Vuelvo con Gadea.

—Mi héroe —sonríe sin sacar el pulgar de la boca. La abrazo fuerte—. Regresará, debemos estar preparados.

Precisa atención médica. Se le ha ido una teja. Sin ella no soy nada. Cúrate, Gadea, le rezo a Yahvé, en el que no creo. Soy incapaz de vivir sin mi amada, de respirar, de maquinar ínfulas de felicidad, o momentos.

—No te muevas, mi amor. Voy al salón, se ve mejor la calle. Comprobaré si la Bestia sigue aplastada o se está recordando.

—No tardes, Judá.

Telefoneo en el salón a Urgencias. Me preguntan sobre los síntomas, los explico. Aseguran que padece una enfermedad mental; transitoria o no, lo sabrán realizadas las pruebas pertinentes.

¡Una enfermedad mental! El parqué amenaza con engullirme y, en vez de amilanarme, me sulfura.

Mandarán una ambulancia. Me instruyen, no debo separarme de ella hasta que llegue; no puedo dejar que escape, una posibilidad cierta, le tengo que hablar con ternura y menguar su miedo. Obedezco. Me visto. Suena el timbre. Abro. Dos enfermeros y un médico se presentan. Les acompaño al cuarto. Se esconden, o casi, no comprendo el motivo. Consigo que salga Gadea. Los ve. Corre. Se encierra en el baño: el motivo de los enfermeros.

Gadea exclama:

—¡No estoy loca!

Mis palabras no la convencen, se niega a abrir. Forzamos la puerta. Los enfermeros la trasladan en volandas al ascensor, a la calle, al interior de la ambulancia, una silla tachonada al suelo donde la encorreamos: una visión sobrecogedora. Gadea no para de aullar. Me apena tanto. El médico ordena administrar medicamentos. Los enfermeros le inyectan mizadolán y propofol. No tarda en abrazar nuevas pesadillas con la cabeza ladeada, los ojos sellados. El silencio brama más que sus gritos. Sedada, semeja la calma que precede a la calamidad. Las sirenas de la ambulancia ululan y la nocturnidad, saciada de presagios, testimonia, cerniendo sombras sobre la ciudad, la enfermedad de mi amada.

Estacionamos en el hospital Gregorio Marañón. Me piden que espere en el vestíbulo de urgencias. La instalan en una habitación, la inscribo. Ocupo una silla, dormito intranquilo, sueño con depredadores. Unos dedos me tocan el hombro, despierto; cerca del mediodía.

La psiquiatra asignada a Gadea, de nombre —lo leo en su placa— Montserrat de la Serna, unos cuarenta años, bata blanca con bolígrafos, faz bella, pelo rubio corto, ojos verde trébol cordiales, anatomía fina pero culebrera, de senos y caderas pronunciados, me habla de la hipotética patología de Gadea, hay que fastidiarse con la palabreja, y añade: «Llame a sus familiares, por favor.» Me ruega que la

acompañe a ver a Gadea, ya desperezada; mi presencia la apaciguará. La sigo mientras me aclara que dentro de poco tendrá un principio de diagnóstico. Gadea, sin atar, en la cama de la habitación individual de urgencias, come pollo y puré. Me sonrío.

—¿Qué hago aquí, Judá? Solo recuerdo a la Bestia.

Otra vez el nombrecito de las narices, la sospecha dantesca de que se le ha ido la olla del todo.

La doctora habla sosegada:

—Gadea, la vamos a trasladar al área psiquiátrica. De usted depende venir por las buenas. Por las buenas su estancia en el hospital no será larga. Por las malas no sabría qué decirle.

Mi amada me interroga con una mirada asustadiza. La beso en la frente.

—Mi amor, estás en buenas manos.

Observa a la doctora, a su seguridad, y conviene con:

—Vale.

Se la llevan. Llamo a su hermana Estela, nos entendemos; una sílfide alta de ojos preciosos, verde menta. No tarda en llegar, a pesar de conducir desde lejos. Viste bolso bandolera, deportivas, vaqueros, camiseta gris, jersey de croché marrón, un tres cuartos de cuero. En el exterior, fumando, le relato lo acaecido. Su rostro, impasible de ordinario, muestra alarma. Una de las mujeres más pragmáticas que conozco. Dice:

—Esperemos a la doctora. Dependiendo de lo que nos cuente llamamos a Malena —la hermana mayor— y a mi madre.

A Eneko, el padre, ni lo menta; ella, sus dos hermanas y la madre lo malquieren.

—¿Dónde está Alba? —su hija.

—La he dejado con Marcial —el vecino de Estela, un hombre de primera.

Tres horas después aparece la doctora Montserrat. Le presento a Estela. La psiquiatra no se anda por las ramas y declara con voz de adormideras: